

LAS CINCO ETAPAS PRINCIPALES DE LA VIDA

La vida está compuesta por cinco marcados ciclos o etapas. Cada etapa demanda un rol o función en particular que hay que cumplir lo más fielmente posible. Cuando así se hace, uno transita fluidamente, como haría el tren cuando se desliza sobre sus vías. Sin embargo, cuando el rol no es bien entendido y por ende, no se satisface a cabalidad, se transita por la vida como un tren fuera de sus raíles, a velocidad entre trompicones. Las cinco etapas se caracterizan de la siguiente manera:

1. La infancia o dependencia primaria, de 0-10 años
2. la adolescencia o dependencia secundaria, de 11-18 años.
3. La adultez y progenitura, de 19-55 años.
4. La tercera edad, de 56-75 años
5. La decrepitud, de 76 en adelante.

La infancia o dependencia primaria, de 0-10 años:

La criatura precisa de supervisión permanente y de enseñanza para que se vaya familiarizando con las leyes básicas de la vida. Ello hace de él, el objeto central de atención primaria del matrimonio. La progenitora se suele sumergir en el rol de madre y el padre se siente algo marginado, lo cual le ayuda a que se vaya desprendiendo gradualmente de su paradigma egocéntrico de soltero.

la adolescencia o dependencia secundaria, de 11-18 años:

El adolescente tiende a desligarse poco a poco, apoyándose en el núcleo familiar, en las enseñanzas adquiridas en el colegio y con los amigos. Sus destellos de independencia relativa, lo van alejando gradualmente del núcleo familiar. Suele reaccionar al medio ambiente, en virtud de que carece de la experiencia necesaria para planificar su vida.

La adultez y progenitura, de 19-55 años:

Con el matrimonio, el progenitor deja de representar el centro de su atención personal para constituirse en el marco que propicia la vida ajena, como progenitor. Los progenitores que entienden que el matrimonio lo constituyen ambos cónyuges y Dios, armonizan sus relaciones interpersonales y hacen de su casa un hogar. Poco a poco su individualidad va cediendo para servir al rol de padres de familia. Todo parece condicionado a servir al núcleo familiar al que pertenecen, incluso sus éxitos profesionales. Cuando los hijos se independizan, se empieza a experimentar el exceso de esfuerzo realizado a favor de los hijos y el poco esfuerzo realizado en la

relación conyugal. De ahí que ambos cónyuges tengan que renovar su compromiso, dándole frescura a la relación, sin hijos de por medio.

La tercera edad, de 56-75 años:

La pareja ha de desarrollar el rol consistente en ofrecer una perspectiva histórica dinámica a los hijos y nietos. Su rol es de consejero para el futuro, tomando como punto de referencia el presente y el pasado. Por eso es tan importante que ambos sigan activos, enfrascados con la realidad presente, con el fin de poder asesorar adecuadamente a las generaciones en formación. Aquellos que no se actualizaron, se convierten en un marco fosilizado que el presente dejó atrás para siempre. La salud se ve gradualmente comprometida por el pasar de los años y el exceso de tiempo libre se ha de invertir en el aspecto espiritual, con el fin de cerrar con broche de oro su existencia.

La decrepitud, de 76 en adelante:

Cada día que pasa es un día de regalo que hay que disfrutar al máximo, agradeciendo por ello al Santísimo Creador. Uno tiene que estar envuelto en la vida ayudando al prójimo para no caer en la depresión. El estudio, a través de la lectura es un gran pasatiempo y si se está en condiciones de continuar investigando y aportando valor a la vida hay que hacerlo generosamente, en virtud de que sirve para reforzar a los hijos y nietos. La muerte deja de asustar al individuo, en virtud del entendimiento cabal del ciclo de la vida, el cual requiere que en cada generación unos se vayan y otros vengan.